

LAS MUJERES HACEN CARRETERAS

En un mes, 6 mujeres, trazaron el camino de Pontejos

La carretera bordea la bahía de Santander, serpentea entre muelles, marismas y el eterno verdor de las campiñas cantábricas. El humo que arrojan las chimeneas de algunas fábricas y la niebla, ponen en el ambiente esa nota grisácea, melancólica y casi triste tan familiar en el paisaje del norte español.

Cae una lluvia menuda ("moriña" la llaman por aquí; "sirimiri", en Vizcaya; "calabobos", en Castilla) cuando llegamos a Pontejos, un pueblo pequeño, de trescientos vecinos, que brotó en ambas márgenes de la carretera, al borde del Cantábrico, como un fruto del amor entre la tierra y el mar.

Desde el siete de febrero, Pontejos cuenta con una nueva calle, una calle que ha sido construida por seis animosas mujeres, cansadas de tener que hundirse en el barro para llegar a sus casas.

Son: Teresa y Magdalena González Fernández, Dolores Bedía, Mercedes Díaz Llamas, Eugenia Valle Díez y Esperanza Llama Méndez, todas casadas. Sus edades oscilan entre los 34 y los 57 años. Ellas solas, con una pequeña ayuda de alguno de sus maridos, han llevado a cabo la tarea de construir esta nueva calle.

Se nos ocurrió un día al volver de la boda de una amiga. Hace varios meses.

Era un día como tantos otros. El camino que une el barrio de Los Perales con el resto del pueblo estaba impracticable. Las madreñas se quedaban inservibles. A veces el barro llegaba al medio metro.

—Eugenia se quedó un día metida en el barro. Tuvimos que ayudarla a salir, porque sola no podía.

En ocasiones, era un taxista que vive en la misma zona, el que tenía que dejar su coche lejos, pues no había forma de llevarlo hasta casa.

—Muchas veces teníamos que salir por los sembrados, pues por el camino no se podía.

Esta era la situación, una situación, una situación desesperante para estas mujeres. Sus maridos no podían hacer nada. Bastante tienen con trabajar en el campo y en las fábricas. Son lo que por Santander llaman "obreros mixtos". Entonces ellas decidieron solucionar aquel pro-

blema que, si bien no era demasiado grande, ponía una nota de dificultad en su vida diaria. No era sencillo. Pero acometieron la empresa con buen ánimo.

—Empezamos el siete de enero.

Era como un regalo que les trajeron los Reyes, un cargamento de ilusiones y deseos de acabar con el pequeño tormento de todos los días.

—Primero quitamos el barro. Como pudimos. Y con arreglo a la misma fórmula hicieron el resto. Son cerca de doscientos metros los que han arreglado. Aun no han terminado. Les falta redondear el trabajo con una prolongación que llegue hasta la misma puerta de las casas más alejadas de la carretera.

PIEDRA DE LAS CANTERAS

La zanja abierta para acometer la traída de aguas de Marina de Cudeyo agravó aún más el estado de aquella única salida de Los Perales. Las seis mujeres no lo pensaron más. Y en la fecha citada —siete de enero— comenzaron los trabajos, arrancando la primera piedra de la cantera de Pedrosa, situada a medio kilómetro de Pontejos. Teresa y Dolores, con un diminuto carro tirado por un borriquito fueron las encargadas de esta parte de la tarea. Grandes bloques de piedra, de varios kilos, fueron transportados por este sistema día tras día, de dos y media a seis de la tarde, pues este era el tiempo que dedicaban a su nuevo oficio.

—Después de comer, pues a nuestros maridos no les faltó nunca la comida a su hora. Lo dejábamos a las seis para hacer la cena con tiempo.

Y, de vez en cuando, aún les sobraba un rato para dedicarlo a la colada o a dar una vuelta al jersey que estaban haciendo en ese momento.

RACIONALIZACION DEL TRABAJO

Cuando Teresa y Dolores habían llevado la piedra, entraban en acción Magdalena y Mercedes que, pala y pico en ristre, atacaban los bloques hasta dejarlos reducidos a minúsculos trozos que Eugenia iba colocando uno al lado de otro, hasta formar un todo armónico. Todo ello bajo la dirección de Esperanza, "Cu-

ca", como la llamaban ellas. Claro que toda esta organización era un poco teórica, pues a la hora de la verdad, hacían todas lo que podían y lo que pedía cada momento.

MARTILLOS QUE SALTAN

Al cabo de un mes dieron cima a su tarea, mejor dicho, a la primera parte, la más importante, pues aún les faltan unos metros. Durante este tiempo son muchos los arañazos que han sufrido sus piernas y se podrían contar por docenas las medias y zapatillas desgastadas o rotas en la labor. Su equipo era el mismo que les sirve para cualquier faena doméstica. Lo único especial eran unas gafas que preservaban sus ojos de las esquirlas que con bastante frecuencia saltaban de las piedras. Las herramientas, incluso, acusan el duro trabajo a que fueron sometidas. Al cogerlas e intentar golpear con ellas, saltan las cabezas.

LOS HOMBRES TRAJERON EL RECEBO

Finalmente algunos hombres se decidieron a echar una mano. Fueron sus maridos y Rafael Soto, un vecino y buen amigo. Ellos dedicaron un par de horas en la mañana de cada domingo a traer de la ribera del mar el recebo, que fue extendido cuidadosamente, como si de la capa más delicada de asfalto se tratase, sobre las piedras desmenuzadas.

Con ello quedaba terminada esta calle, este nuevo camino que seis féminas, dando ejemplo de voluntad y laboriosidad, abrieron y pusieron en condiciones de ser utilizado con normalidad, sin miedo a que la lluvia les impidiera trasladarse al centro del pueblo.

—A nuestros maridos les pareció bien. Les hacía mucha gracia que trabajásemos así. Nos preguntaban todos los días como iba la obra. Hoy se sienten orgullosos de sus esposas. Lo mismo que todo Pontejos. El pueblo luce una nueva calle, producto del esfuerzo de seis mujeres de espíritu curtido por la brisa y la galerina del brioso Cantábrico.

—Ya nos dicen que nos vayamos a Alemania. ¿Por qué no? Si les dejan son capaces de hacerse una "Autobahn".

JESUS GONZALEZ MOLPECERES

